

Valencia

Consuelo Ortega Piquer, 75

Laura Blanco Villa, 20

EMPEZAR DE CERO TIENE SU RECOMPENSA

En un pequeño refugio subterráneo, al lado de la iglesia del pueblo valenciano de Nazaret, se escondía Consuelo aferrada a la mano de su padre, mientras fuera, los bombardeos y los aviones de combate iban y venían. Chelo, como a ella le gusta que le llamen sus amigos, había nacido nada más comenzar el conflicto español en 1936 y con apenas tres años tuvo que pasar largos días en aquellos túneles donde el miedo era el gran protagonista.

Como le ocurre a muchos niños la escuela no era su gran pasión. El deseo de Chelo era ser modista, pues el mero hecho de coger una aguja, enhebrarla y empezar a zurcir le encantaba, por eso no veía el momento en que sus padres le aprobasen la idea de empezar en un taller de sastrería para aprender el oficio. Pero todo llega. Cinco años fue el tiempo que permaneció con su maestra de costura. Entonces ya tenía suficientes conocimientos para emprender un negocio en solitario, y más ahora que su madre acababa de fallecer dejándola con diecisiete años recién cumplidos y en una familia donde se pensaba que nadie iba a levantar cabeza después de aquello.

Cuando parecía que su vida tomaba un rumbo más o menos estable, después de haber tenido una boda de ensueño con solo veinte años, después de tantas jornadas cosiendo y enseñando a las principiantes, después de tantas idas y venidas al cine de la mano de su hermana pequeña para ver esas películas dramáticas que tanto les gustaban, y, ahora, estando embarazada de tres meses, un nuevo acontecimiento se le venía encima. Si al poco tiempo de nacer tuvo que sufrir una guerra y, lo que es peor, las consecuencias que ésta conlleva, ahora tenía que afrontar las secuelas de la gran riada de 1957 que arrasó Valencia.

Una vez más Consuelo se encontraba abrazada a su padre, pero esta vez no era en un reducido túnel bajo tierra, sino en lo alto de un cortijo para evitar que la enorme ola que veía al fondo de la calle les arrollase, tal y como estaba haciendo con todo lo que iba encontrando a su paso por el pequeño pueblo de Nazaret. Las luces desaparecieron de repente y el agua rompía sin piedad puertas y ventanas como si de objetos de papel se tratase. El miedo volvía a ser el protagonista en la cara de todo aquel que estaba a su alrededor. Quién le iba a decir a ella que presenciara la destrucción de su propia casa, aquella que su hermano le había construido con tanto esmero, y cómo sus vecinos agonizaban y perdían la vida ahogados dentro de las suyas. Quién le iba a decir que perdería aquello que tanto trabajo le había costado obtener y que tendría que empezar prácticamente de cero cuando parecía que nada podía ir mejor.

Noches en vela e infinito esfuerzo fue lo único que estaba presente en la mente de Consuelo los años siguientes a esta catástrofe. Ni el traslado a otra zona de Valencia, ni el abandono de su querido Nazaret y de la playa donde tantas veces había jugado de niña, ni la distancia que le separaba de su padre y de sus hermanos conseguían que su estado de ánimo decayese. Ella sabía que tenía que afrontar el futuro, un futuro que le depararía tres niños y la posterior pérdida de su marido.

Cuando crees saber que pocas personas pueden enseñarte los auténticos valores de la vida, las ganas de mirar hacia delante cuando parece que nada acontece como uno desea, cuando piensas que los héroes del momento son los que más éxito tienen y, por ende, los de más renombre, es entonces cuando tropezarse con una persona como Consuelo hace que uno se replantee la situación. Los verdaderos héroes de la sociedad y de la vida son ellos, nuestros mayores, son gente como ella, gente que tenemos a nuestro alcance y que no sabemos aprovechar. Solemos creer que son inmortales por su avanzada edad pero algún día se irán, y lo harán dejando un mundo que poco a poco han intentado mejorar y, gracias a eso, a día de hoy podemos disfrutar de todo cuanto poseemos.

Ella es uno de estos indudables tesoros. Trabajó de sol a sol enclaustrada en casa y depositó todo su empeño en sacar adelante un negocio al que se había dedicado desde su infancia. Pasó interminables noches cosiendo gabardinas, planchando faldas y almidonando cuellos de camisas para que sus clientes pero, sobre todo, sus niñas, no tuviesen queja alguna. Crió a sus nietos como si de hijos propios se tratara y lo volvería a hacer si la vida le diese una segunda oportunidad. A pesar de los infortunios que ésta le ha deparado, Consuelo ha sido muy feliz. Es consciente de que fue muy afortunada por vivir en el seno de una familia donde el respeto era la primera palabra que se aprendía. Algo realmente importante teniendo en cuenta la represión que existía en ese período de la historia de nuestro país. Su amabilidad y predisposición a ayudar a los demás se ve reflejada en el trato que mantiene con sus compañeros del centro donde, actualmente, pasa la mayor parte de su tiempo. Está dedicada a ello por completo, aunque su prioridad sigue siendo su familia, a la que desde niña ha estado muy unida.

Por todo ello merece la pena sacar el máximo partido a personas como Consuelo, personas que ya no se quejan por nada y que miran a su alrededor perplejas mientras ven cómo una sociedad que tiene todo cuanto desea no logra alcanzar la felicidad, la misma que ella disfrutó en un pequeño barracón de madera en una de las playas más sublimes de su tan anhelado Nazaret.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Felicidad es la única palabra que le viene a la mente a Consuelo cuando le pregunto sobre su vida. Para ella todo el sacrificio que ha realizado por salir adelante cuando el destino parecía estar en su contra ha tenido su recompensa. Y si le brindasen la oportunidad de volver a nacer escogería el mismo modo de vida que ha llevado, porque piensa que las cosas buenas han sido infinitamente mejores que las adversas y de éstas últimas ha aprendido todo cuanto ha podido para después hacer frente a lo que se le pudiera presentar en un futuro.

Piensa que ya lo tiene todo hecho y que no le queda nada pendiente. No obstante, de lo único que parece arrepentirse es de no haber continuado sus estudios en la escuela, cosa que a día de hoy, reconoce, es necesaria para la formación de cualquier persona, pero no niega que dedicarse a lo que siempre le ha gustado hacer y sacarle el máximo rendimiento le satisface enormemente. Confiesa que ha tenido mucha suerte al casarse con un hombre tolerante, trabajador y respetuoso que la ha ayudado a educar a sus hijos como mejor ha sabido, aunque para ello siempre ha tomado el ejemplo de sus padres como referente, de quienes alardea cada vez que puede.

Sabe que la sociedad de hoy en día ya no es la que era y que las personas sólo valoran aquello a lo que le otorgan un valor económico, por ello Consuelo considera que en esta vida hay que ser independiente y saber valerse por sí mismo, puesto que nunca se sabe lo que el destino nos puede deparar y si vamos a estar solos o no para enfrentarlo.